

ABIGAIL.

NOVELA ORIGINAL

DE

Soledad Manero de Ferrer.

[Edicion de "La Union Hispano-Mexicana."]



Tip.—"La Protegida."

VERACRUZ.

1868.

INTRODUCCION.

¡Cómo podría pintar nuestra débil imaginacion, una de esas grandiosas escenas que presenta el Vesubio en sus terribles erupciones, cuando fecundos escritores solo han trazado imperfectos cuadros, de los que apenas quizá no hemos podido tomar mas que una mezquina idea? Pero nuestra admiracion por los sublimes espectáculos de la naturaleza y la necesidad de colocar á los principales personajes de nuestra historia, á los piés casi del aterrador volcan, nos impelen á procurar hacer una ligerísima pintura, que jamás podríamos revestir con las galas y brillante elocuencia de los grandes poetas; tanto mas cuanto que nuestro verdadero fin es contar los dolores íntimos del corazon, en las escenas borrascosas de la vida.

De todos modos, humildemente manifestamos ante nuestros benévolos lectores, la temeridad de nuestra pluma.



I.

Era una borrascosa noche del año de 1790: el Vesubio embravecido parecia que preparaba una de sus grandiosas y terribles escenas, pues los habitantes de la bella Nápoles, lo veían con ansiedad profunda, esperando la erupcion, que ya anunciaba por negras nubes de ceniza y piedras vomitadas de su hirviente seno, en medio de sacudimientos espantosos.

Se oía el zumbido de los insectos agitados; las flores inclinaban su cáliz bajo el peso de una atmósfera impregnada de vapores; la mar airada amenazaba con roncos bramidos, y parecia querer romper los límites trazados por el Omnipotente; el cielo, en fin, cubierto de negros nubarrones y cruzado á cada instante por vivos y lucientes relámpagos, anunciaba tambien la tempestad.

La naturaleza toda parecia conspirar en aquella sombría noche contra el hombre, y solo la mano poderosa del Ser Criador del Universo, podia contener los furores del Vesubio, la mar y la borrasca.

La playa estaba desierta; no se miraba en toda ella mas que un hombre, que caminaba á la luz de los relámpagos.

Este hombre, despues de haber pasado por el lado de Redina, Portichí y la Torre de Greco, se detuvo en la ermita de San Salvador, y dió tres misteriosas palmadas, á las cuales contestó una voz del interior, á la vez que la puerta se abrió:

—Entrad, conde Sarrasti.

La puerta de la ermita se cerró, y un anciano de fisonomia simpática y venerable, introdujo al que llamó conde Sarrasti.

—¡Están reunidos todos? preguntó el conde.

—Sí, contestaron varias voces á un mismo tiempo, y muchos hombres, concurrentes de la ermita, rodearon al recien llegado, del cual vamos á hacer una descripcion.

Tendria al parecer unos treinta años; pero su tez ligeramente sonrosada, conservaba la frescura de la primera juventud, su blanca y espaciosa frente estaba coronada por suaves y negros cabellos, y unas cejas perfectamante dibujadas, hacian lucir el purísimo azul de sus rasgados ojos, en que se reflejaban el poder y la energia de su alma. Sus nacarados lábios, ocultaban dos hileras de blancos y pequeños dientes; y por un capricho de la naturaleza, la barba y bigote eran castaños, formando un contraste raro con su negra cabellera. Su cuerpo esbelto y elegante, sus blancas y pulidas manos, y sus bien formados piés, revelaban en conjunto al hombre aristocrático.

El conde, despues de su primera pregunta, dijo á los que allí se habian reunido:

—Caballeros, estoy á vuestras órdenes.

Y saludándolos con gracia, se sentó entre ellos.

—Qué noticias corren? preguntó el que habia abierto la puerta de la ermita, y á quien llamaremos Simeon, puesto que este era su nombre de bautismo.

—Favorables, contestó el conde. El descontento toma pro-

porciones colosales, y la palabra, libertad, es repetida por todas partes com febril entusiasmo. La Francia nos dá el ejemplo Ella ha sumergido en mares de sangre á la monarquia, y pronto la bandera republicana que hace flotar el ejèrcito francés, vendrá á nuestra patria á hacernos libres.

Bonaparte, nombrado general en gefe del ejército de Italia, se ha presentado en el cuartel general establecido en Niza, donde cuenta con treinta mil hombres. Me direis que es bien poco para tan grande empresa: es cierto que lo seria para otro que no fuera el génio que manda la Providencia para salvar á los pueblos oprimidos; y esto, señores, no es una suposicion mia, puesto que Bonaparte ha obtenido ya en Tolon los honores del triunfo, y que á sus sábias combinaciones, se tomó la colina á Teudia y á Paosgio.

Trabajemos, pues, sin descanso, para que cuando llegue el dia en que el jóven héroe se aproxime á Nápoles, unamos nuestros esfuerzos á los suyos, y veamos realizadas nuestras esperanzas.

—¡Bravo! exclamaron con entusiasmo muchas voces á la vez. ¡Viva el valiente Sarrasti!

—Bien, dijo Simon, todo está muy bueno; pero no olvideis que la noche á cada momento se pone mas horrible. Oid los roncos truenos del volcan; quizá vomite un rio de fuego qne convierta en cenizas los mas ricos palacios de Nápoles.

Una carcajada general interrumpió las palabras de Simon, que inútilmente procuró permanecer impasible, ante la burlesca hilaridad de sus compañeros.

Vamos, Eleazar, dijo el conde, en donde está vuestra adivina que ha de predecir nuestro porvenir? En vano buscan mis ojos el lugar en que se oculta ese tesoro.

Simon, sin contestar á esta pregunta, se dirigió á uno de los ángulos de la ermita, débilmente alumbrado por la escasa luz de la lámpara, y tomó de la mano á una mugcr cubierta con un velo, á quien nadie habia notado. La condujo al altar, quemó unas yerbas que la envolvieron en una nube de humo y diciendo algunas palabras misteriosas, le ordenó que respondiera á las preguntas que le hicieran los conjurados.

La adivina entónces se echó atrás su negro velo, y mostró á los concurrentes el mágico encanto de su prodigiosa hermosura, dejándolos absortos y bajo la fascinacion que producia la aparicion de aquel ser de belleza casi celestial: la adivina en seguida, con una voz mas dulce que la brisa cuando murmura entre las flores, anunció que estaba pronta á contestar.

Era una jóven de veinte años, de estatura mediana, pero con las bellísimas proporciones que Praxiteles dió á su incomparable Vénus. Su cara oval, tenia ese blanco mate de la azucena, que hacia realzar de una manera encantadora sus cabellos de ébano; sus lábios tenian el rojo del coral, y sus grandes ojos negros se veían velados por largas y sedosas pestañas. Imposible seria pintar la variacion constante de sus miradas. ya melancólicas, desdeñosas ó altivas, ó ya alegres ó afectuosas, segun los resortes que movian su corazon.

Su trage consistia en un largo vestido negro, y el velo que envolvia su cabeza, plegándose al rededor de su semblante, hacia resplandecer su encantadora hermosura, como las negras nubes cuando se agrupan al rededor del sol.

Simon, despues de haber gozado con la sorpresa de sus compañeros, dijo:

—Vamos, conde, sois el mas valiente de nosotros, y os toca por derecho preguntar primero vuestro destino á mi hija Abigail.

Este nombre raro á la vez que simpático, acabó de enagenar al conde, que dijo:

—Encantadora jóven: hace rato que creía ser presa de una ilusion al mirar reunidas en una muger todas las gracias seductoras de un ángel, hasta que vuestro padre me ha venido á hacer ver la realidad, sacándome del éxtasis que arrobaba mis sentidos. Si hubiera nacido pagano os adoraria de hinojos, lo confieso sin rubor. Vamos, aquí teneis à un hombre que se ha batido sin miedo, y que ahora espera, estremeciéndose, oir el dulce sonido de vuestra voz. Hablad pues, mas sin mirarme, para que pueda escuchar mi sentencia.

Y presentó á la jóven su fina mano; la hija de Eleazar se estremeció al tomarla; y examinando rápidamente sus rayas, contestó:

—En verdad que es muy penoso revelar secretos que mas bien deberian dejarse envueltos en las tinieblas del misterio; porque si ellos descubren un porvenir risueño, quitan el encanto de la sorpresa; y si anuncian la adversidad, se anticipa la desgracia á un corazon feliz, tal vez.....

Cesó de hablar Abigail, y todos los concurrentes, burlándose de la adivina, decian murmurando:

—Es una farsa; pero no merece ella la pena, si no nosotros que fácilmente nos dejames alucinar por el judío.

El conde habia permanecido en silencio ante la jóven adivina, que lo fascinaba con el brillo radiante de sus ojos; pero al ver el desden que se reflejó en su semblante contra los que dudaban de lo que espresó, se apresuró á decirla:

—Descorred, bella Abigail, descorred pronto el velo que oculta los secretos de mi vida, y creed, hermosa mia, que no es tan cruel mi destino, cuando me deja contemplar vuestra belleza y vuestro celestial encanto.

Abigail lanzó una mirada altiva sobre los conspiradores, y dijo con ademan severo:

—Os habeis metido en una empresa que vá á produciros desastrosos resultados. Sí, Sarrasti, continuó, desconfiad de Bonaparte; ese hombre es un gigante que necesita arrebatar la libertad de las naciones para engrandecer á su patria y ceñirse una corona. Su alma, al bajar perfecta de las manos del Criador, fué herida por el ángel de las tinieblas, con el soplo terrible de la ambicion. Nada se opondrá á su paso en la tierra; tendrá un dia una antesala de reyes, y un mar de sangre correrá por él en las batallas. Pero al fin morirá en el destierro, agobiado por la grandeza de su alma colosal.

Los ojos de la maga brillaban con un fuego siniestro que hizo estremecer á los conjurados, quienes bajaron sus ojos, espantados ante aquella muger estraordinaria; luego con una voz dulce y suave como un suspiro de amor, continuó:

—Hugo, sois noble, rico y amado de la bella Eleonora; huid de la revolucion, que no tendrá para vos mas que una cárcel, una esperanza perdida y una felicidad ahogada en un mar de lágrimas.

Las últimas palabras de la adivina se asemejaban á un gemido, y en sus sedosas pestañas quedó pendiente una lágrima, al modo que en los estambres de las flores se cuelga una gota de rocío.

Se siguió un largo silencio; nadie osaba preguntar su destino, creyendo ver en él, su cabeza tronchada por el hacha del verdu-

go; y aquellos hombres que no temblaban al estruendo del cañon enemigo, enmudecieron entónces por el terror

El conde, alma de fuego, corazon de acero, despreciaba los contratiempos de la vida; y si estaba profundamente conmovido, era porque en su areiente y noble pecho, acababan de caer las primeras amargas gotas del amor.

De repente, y como si Dios hubiese querido aterrar á los osados que buscaban en medio de las sombras de aquella horrible noche la luz del porvenir, cuyos secretos pertenecen al Eterno, unas enormes piedras, candentes todavia, vomitadas por el gigante de fuego, fueron á caer en el dintel de la puerta cerrada de la ermita. Todos los concurrentes se estremecieron, y Eleazar aterrado por aquel terrible aviso, esclamó:

—Ya lo veis? Salgamos de aquí, salgamos pronto, pues si tardamos un instante mas, ya no habrá tiempo de salvarse.

Y tomando á su hija de la mano, salió seguido de los conjurados, á quienes aquel horrible incidente les advertia el peligro que coraian.

Era bello y magestuoso á la vez, el cuadro que se presentó á los ojos de los conspiradores en su precipitada huida. Columnas de humo espeso y negro, mezclado con ráfagas de fuego, salian del anchuroso cráter del volcan, y un rio de lava ardiente resbalaba por su falda, en medio de roncos truenos y conmociones espantosas. Al sinientro resplandor de las llamas, que se elevaban á una altura inmensa y del brillo de la candente lava, que se estendia ec todas direcciones, obstruyendo las vias, terrenos y barrancos profundos, las alturas de la ciudad de Nápolos se veían coronadas de multitud de angustiada gente, cuyos rostros desencajados por el pavor que inspiraba aquella escena aterradora, presentaban un aspecto conmovedor, indescribible.

Ese mundo que bullia no hacia mucho en medio del contento y regocijo de los salones y las plazas de aquel pueblo encantador, aparecia en este momento petrificado, sin animacion, sin vida, fijando sus miradas afligidas en el cielo, y esperando por momentos el horrible cataclismo de Pompeya.

Y por un contraste de la caprichosa naturaleza, la borrasca habia pasado: el cielo sereno ya, se tachaba de brillantes luceros: la luna, compañera misteriosa del placer y los amores, se ostentaba con todo su esplendor en el estrellado y puro firmamento; y el golfo de Nápoles, tranquilo, reflejaba en sus ondas plateadas por el hermoso astro de la noche, como un unido y terso espejo de Venecia, las variadas y brillantes imágenes del cielo.

El conde, conmovido por aquel cuadro tan aterrador como sublime, y por las omociones que esperimentaba su apasionado corazon, esclamó con acento trémulo, dirigiéndose á la judía:

—Abigail, qué feliz fuera yo si una misma muerte nos juntara para siempre, ya que vuestros lábios no me dan siquiera una esperanza.

Callad, murmuró la adivina, quereis traicionar á la condesa Eleonora, á ese ángel que solo vive con el recuerdo de vuestro amor?

—¡Oh! no la amo, dijo el conde; no puedo amarla; es una muger como las hay en todas partes, incapaces de comprender ni sentir la sublime ternura del amor: estátuas heladas á nuestros sacrificion; pero vos, Abigail, vos teneis luz en los ojos; fuego en el alma y amor en el corazon.

En este momento se percibia el castillo del judío, y Abigai interrumpiendo al conde, le dijo:

—Hemos llegado á Castele Mare; mirad, ya se ven las almenas de nuestro palacio: allí, entre sus negras paredes, debe vivir siempre apartada la pobre Abigail. Olvidad, conde, las ilusiones de esta noche, demasiado fecunda en emociones.

—Señores, esclamó en este instante el judío, que habia caminado entretenido en una acalorada discusion con uno de los conjurados; creo me hareis el honor de pasar á mi castillo, en donde olvidaremos los horrores de esta noche, con una copa de hirviente champaña.

—¡Bravo! gritaron todos los conjurados. ¡Viva el vino, viva la libertad y el amor!



II.

Ocho dias habian pasado desde que el conde conocia á la bella judía, que pasaron para ellos como un dorado ensueño de felicidad.

En uno de los salones del palacio de Eleazar, en que brillaban los mas esquisitos arabescos de azul y oro sobre sus magníficas paredes, estaba el conde Sarrasti sentado en un cojin de terciopel celeste á los piés de Abigail, que jugaba sonriendo con sus perfumados rizos. Hubiera sido dificil conocer á la adivina de la ermita; tanto habia cambiado el amor á la judía.

Cubria sus seductoras formas un traje blanco, que dejando descubiertos sus torneados brazos y sus mórbidos hombros, bajaba como una nube vaporosa hasta sus pequeños piés; y su negra y espesa cabellera, sujeta con una diadema de rubis, descendia en suaves ondas por su blanca espalda. El pálido semblante de la hermosa jóven, reflejaba la mas viva alegria: el amor parecia que enagenaba aquel ardiente corazon, que en ese momento gozaba de su embriagante néctar.

—Mirad, Hugo, decia al conde; ¡no veis que hermoso dia! Mirád por la ventana la espaciosa y plácida llanura alumbrada

por ese sol puro y sin nubes! ¡No es verdad que deberíamos elevar al Criador un fervoroso himno de alabanzas en nuestros corazones?

—Abigail, contestó el conde entristecido, creedme; yo no podré vivir sin tí; mas no sé por qué siento en lo profundo de mi alma un vago presentimiento que me desgarra! Tu religion no es la mia, y yo no podria traicionar á mi Dios por una muger, aun cuando esa muger adorada tuviese en sus manos mi existencia....

—Y yo, repuso la judía, levantando su altiva frente........ Y yo?.... ¡Ah!.... pero vos no sois capaz de conocer hasta dónde puede conducirme una pasion ardiente.... No sois capaz de conocerlo, porque.... no me amais, concluyó, enjugándose una lágrima que empañaba sus lucientes ojos.

—Abigail! Abigail!... respondió el conde, ¡no he sacrificado á Eleonora por tí? ¡no soy un esclavo sumiso á los caprichos de tu padre? ¡Qué otra cosa mas exigís de mi amor?

—Tu amor, dijo la jóven radiante de alegría; dime siempre que me amas para disipar las dudas que me arrastran á la desesperacion. Mira, Hugo, añadió, mirándole con una espresion de inefable ternura; para mi no hay nada en la vida que pueda preferir á tí. Sé tu mi ser, mi dulce y única esperanza, y Abigail vivirá para agradarte, para pertenecerte, conde; porque..... quiero unir al tuyo mi destino, mi alma con la tuya, y al fin mi eternidad.....

—Gracias, sol de mi vida, dijo el conde Sarrasti, sellando en sus lábios las últimas palabras de la judía, gracias! Ahora, háblame de tu patria y de los recuerdos de tu infancia; quiero seguirte con el pensamiento en todos los momentos de tu vida.

—Mis recuerdos, contestó la jóven no son mas que de Ná. poles; de mi patria salí muy niña, y no conservo de ella ninguna memoria, ninguna circunstancia que pueda referir. Huérfana casi al nacer, no he conocido mas cariño que el de mi padre, y á eso debo la desgracia, puedo decirlo así, de haber aprendid la ciencia misteriosa que descubre los arcanos del porvenir. Todas mis horas las pasaba á su lado, y asi pude sorprender los secretos que mas adelante me fueron ilustrados por su enseñanza.

Abigail cortó su narracion, porque en este mismo instante entró Eleazar con el semblante pálido y alterado, y dirigiéndose al conde, le dijo con precipitada voz:

—Conde, salvaos; vengo de Nápoles; la conspiracion está descubierta, y quizás hoy mismo seremos arrestados por la justicia. Oid, prosiguió, temblando, oid el ruido de gente armada en el patio: parece que los esbirros seguian mis pasos.

—¡ Dios de Israel ! esclamó Abigail con emocion profunda y llena de terror; huid, conde, huid, que es tiempo todavia....

—Ya es tarde, repitió el conde, levantándose y señalando á la tropa que invadió en un momento el salon, en el que se oyó la voz del gefe que gritó:

—Daos á prision.

Abigail dió un grito de angustia, y cayendo sobre el pavimento, esclamó:

—¡Piedad! piedad para él! piedad para mi padre!

—Partid, conde, partid antes que recobre los sentidos; dijo tristemente Eleazar, señalando à su hija que estaba sin conocimiento, levantando su cuerpo inanimado que colocó sobre un sillon.

El conde arrojó una mirada sobre la jóven, en que se pintaba un dolor profundo, y esclamó:

—Adios, Abigail; adios para siempre, adios! y estrechando con ternura á la bella judía, la puso en uno de sus dedos un hermoso anillo, que antes besó por ser una prenda de su padre: despues salió seguido de Eleazar y de la tropa que los conducia.



III.

Dos años habian pasado desde los últimos acontecimientos que hemos referido, y en tan escaso tiempo todo habia cambiado en Italia. El héroe de Arcole y de la corona, triunfante en todas partes, habia hecho flotar en las ciudades y en los campos de batalla, la bandera dela República. Los presos por delitos políticos quedaron libres, se lès volvieron sus confiscados bienes, y todos creyeron que iba á realizarse al fin la unidad italiana: hermoso pensamiento que no será nunca mas que una ilusion.

Pero entretanto ¡qué habia sucedido con nuestros personages?

Vamos á decirlo en muy pocas palabras.

En uno de los elegantes palacios de Nápoles, una brillante y aristocrática concurrencia, honraba el baile con que el conde Hugo Sarrasti, celebraba su boda con la condesa Eleonora.

Era una noche primaveral, tibia, pura y alumbrada por la melancólica luz de la luna.

Flores, luces y los mas esquisitos aromas, se habian prodigado en el salon del baile para recibir á las bellas napolitanas, que,

como siempre, hijas de aquella atmósfera embelezadora y voluptuosa, escogian sus mas ricos adornos para presentarse y hacer mas incitantes sus coqueterias.

Mirad, decia un almibarado leon, que se encontraba en uno de tantos grupos, mirad que aire de modestia tan encantadora tiene la bella Matilde.

—Es muy gazmoña, contestó otro.

—Se conoce que algo teneis que decir de ella, dijo el almibarado.

—Y vos sereis sin duda el favorecido, despues del austriaco que la ha olvidado; replicó el antagonista, picado de la respuesta del primero.

—Señores, dijo un tercero, hablemos de otra cosa; si el conde oyera la palabra *olvido*, tal vez recordaria la traicion que comete con la pobre judía.

—Pero el conde, repuso el leon, que siempre caminaba contra la opinion de sus amigos, el conde no ha faltado en nada á su antigua amante. Despues de la muerte de Eleazar, como sabreis, nadie ha vuelto á ver á Abigail, y cuando Sarrasti salió de la prision, la buscó, sin poder saber nunca cual fuese el fin de la pobre jôven.... Mas, oid, prosiguió luego, se avisa que debemos llevar las señoras á la mesa; y el almibarado corrió á presentarle el brazo á su simpática Matilde.

—Vaya un necio, dijeros los demás, y se mezclaron con la alegre concurrencia, riendo y murmurando.

Pronto los novios fueron saludados con los mas entusiastas brindis, y la música aumentó la alegria de los convidados. Sin embargo, en la frente del conde habia una nube de tristeza que no podia borrarse. ¡Pobre condicion del hombre, condenado siempre á verter lágrimas por el pasado!

El conde poseía el ardiente amor de la condesa, y veia realizadas sus mas gratas ilusiones, ¡qué le faltaba para ser feliz?

Lo diremos; en aquel supremo instante en que tantos envidiaban su dicha, él hacia una comparacion entre Eleonora y Abigail, y se decia:

—Aquella jóven hermosa como el cielo, tenia una alma tan ardiente como las lavas del Vesubio. Cuando me hablaba en su idioma oriental, poético y entusiasta, espresándome su amor, me parecia ver en ella una de esas creaciones fantásticas de los antiguos bardos; mientras que Eleonora, me ama, es cierto, pero su alma fria y vulgar no comprenderá nunca la mia. Abigail, con esa espiritualidad propia de las mugeres de su raza, solia decirme:

—"Escuchad, conde: si me pidierais la vida, como una prueba del grande amor que os profeso, yo moriria contenta, sonriendo de felicidad, y el último beso lo sentiria mi alma en su postrer momento, como una recompensa celestial....."

El conde, atormentado por estos pensamientos, concluyó esclamando para sí;

—Dios mio! Dios mio! qué desgraciado soy con mis recuerdos!

Alzô entónces los ojos, en que apareció una lágrima próxima a desprenderse y rodar por sus pálidas mejillas, cuando ¡coincidencia estraña! Abigail, la misma Abigail, se presentó en aquel salon espléndido, y entre aquella multitud de jóvenes radiantes de placer, como un fantasma evocado por los recuerdos del conde.... Sarrasti se paró como por los impulsos de un resorte, y se quedó inmóvil al aspecto de aquella inesperada y repentina aparicion.

La judía se detuvo á la vista de aquel suntuoso banquete; en

sus ojos se revelaba el estravío de la razon, y en su semblante desencajado, los grandes sufrimientos producidos por el insomnio y la miseria! Su vestido eran miserables harapos, que los criados habian acabado de desgarrar al quererle impedir la entrada.

¿Qué habia pasado en tan corto tiempo, que aquella arrogante y espléndida belleza se miraba tan rudamente herida? ¿Quién habia destruido aquella encantadora naturaleza, que Dios echó al mundo para amar y para inspirar amor? El destino; Abigail estaba loca....

¿Porqué habia ido al baile? ¿La guió la casualidad ó la implacable mano de ese mismo y bárbaro destino que la privó de la razon?

El hecho cierto fué que la pobre loca pasó por la puerta del palacio, oyó las dulces armonías de la mùsica del baile, y entró en él cuando los esposos y la alegre concurrencia se hallaban en la mesa.

Abigail, en un estremo del salon, recorria con su mirada fria é indiferente, aquel animado cuadro.

Los convidados, al verla, dieron un grito de terror, y la condesa se puso pálida como las blancas flores de su corona nupcial.

La judía seguia su revista con mirada distraida, cuando sus ojos se fijaron en la jóven desposada, á cuyo lado miró tambien al conde Hugo Sarrasti; entónces su semblante se animó, sus ojos despidieron llamas, y saltando como por un impulso eléctrico, hirió de muerte á la infortunada condesa.....

¿Habia recobrado la razon?

¿Habia sido un hecho casual el que puso en sus manos el hierro agudo y punzante con que rasgó el seno de la víctima?

Eleonora dió un grito de angustia y espiró: los concurrentes

se pararon aterrados, y Abigail huyó dando gemidos dolorosos, ántes que nadie hubiese podido detenerla.

El conde, pálido como el cadáver de su infortunada esposa se acercó á ella, y con voz trémula y profundamente conmovida, esclamó:

—¡Oh! Dios! perdona y alumbra con tu luz divina á ese demonio á quien adoro, ya que te llevas al ángel que me amó

